

GONZALO PORTOCARRERO SÍNTESIS ANALÍTICA DEL FORO "MUJERES Y HOM- BRES, SIGLO XXI"¹

"La conferencia Mujeres y Hombres, siglo XXI, Género, amor y poder en el nuevo milenio, se celebró en Lima entre el 5 y el 7 de noviembre de 1999. Fue organizada por TRAMAS, entidad dirigida por Sonia Goldenberg. Contó con la participación de unos 70 ponentes de todas partes del mundo y asistió como oyente un público estimado de 650 personas".

I

La tarea de elaborar una "síntesis analítica" de lo expuesto y discutido en el

foro "Mujeres y hombres, siglo XXI" supone, para cumplir con la síntesis, el ejercicio de una mirada abarcadora que pueda divisar, en el conjunto de las ponencias, algo así como un mosaico o rompecabezas; es decir, una figura o presencia que no estando en cada una de las partes depende, para aparecer, de la contribución de (casi) todas ellas. Por el lado del análisis, esta misma tarea implica una presentación individualizada de los paneles y de las principales ponencias. Es decir, en una "síntesis analítica" se trata de tener en cuenta, en un juego de aproximaciones y distancias, tanto el bosque como los árboles. Ni tan cerca como para perder la perspectiva de conjunto del bosque, ni tan lejos como para dejar de divisar al menos los árboles más prominentes. Bien se comprende entonces lo exigente y difícil de esta tarea. No está de más, por tanto, manifestar desde un inicio que esta "síntesis analítica" es necesariamente un ensayo parcial y que no puede hacer

¹ Esta exposición es resultado de un trabajo colectivo en el que han participado Narda Henríquez, Pamela Lastres, Cecilia Monteagudo y Elroy Neyza. Nos dividimos los paneles a fin de que por lo menos uno de nosotros estuviera presente en cada uno de ellos. Y con base en nuestros apuntes hemos ensayado una puesta en común y una síntesis de todo lo discutido. Y es esta síntesis la que ahora presento. Conspere decir ahora que formé este equipo a invitación de Sonia Goldenberg, quien ha sido la organizadora e inspiradora del foro, y a quien lógicamente estamos muy agradecidos.

justicia a la riqueza de todo lo dicho y escuchado en estas jornadas tan intensas.

En realidad este foro puede ser pensado como una "feria discursiva"; es decir, como un espacio de encuentro e intercambio entre los asistentes. Los expositores, destacados intelectuales, líderes sociales y dirigentes políticos, se han referido a los más diversos aspectos de la problemática de género. En un tiempo muy breve, entre quince y 20 minutos, han tratado de transmitir vivencias y conocimientos que condensan largas trayectorias de inquietud y reflexión. La "oferta discursiva" ha sido, pues, muy amplia y de primera calidad. Ha sido un privilegio acceder a ella. Por otro lado, los 700 inscritos en este foro provienen de mundos distintos. En lo fundamental: gente vinculada a la universidad, a los medios de comunicación, a la política y a diversas organizaciones de la sociedad civil. En cualquier forma todos los asistentes hemos peregrinado por los distin-

tos ambientes en que se ha realizado este evento, seleccionando los conversatorios y conferencias según nuestros intereses y la disponibilidad de tiempo. Ahora bien, en la mayoría de los foros, con el último panel o conferencia, acaba todo. Al cerrarse la "feria" (discursiva) todos nos vamos a casa llevándonos las impresiones que nos puedan haber quedado y que más tarde podremos cotejar conversando con amigos o leyendo las reseñas en la prensa especializada. No obstante, en este caso los organizadores han previsto la presentación y discusión de una síntesis analítica, de una suerte de balance apresurado y necesariamente parcial, cuyo mérito podría radicar en ayudarnos a llegar a un panorama del significado de este foro.

Antes de entrar en detalle de cada uno de los paneles, me parece importante identificar los temas comunes, los supuestos que las ponencias comparten. Una primera idea, que está en todas partes, es que las cosas ya no

son como fueron, que estamos en una nueva época que aún no conocemos en su positividad. De ahí quizá la reiteración del prefijo "post" para referirnos a ella. Es decir, la concebimos en ruptura, a partir de lo que ya no es, en diferencia a lo que ya fue. Pero distamos de saber lo que exactamente es. En efecto, muchos hablan de que vivimos en una época postmoderna desde el momento en que las grandes narrativas de la modernidad han perdido su evidencia. Ideas modernas como el progreso o el socialismo permitieron imaginarnos el presente como momento de un drama que apuntaba a algo distinto y superior; mientras tanto, hoy en día esta convicción está debilitada, cuando no, difuminada. Sea como fuere, la política entusiasma cada vez menos y, paralelamente, se desvanece la expectativa de convergencia de la humanidad en torno a un estilo de vida único. Con respecto al tema del foro, considero que podríamos hablar de que empezamos a vivir una época pospa-

triarcal en el sentido de que todo un sistema de género, el patriarcal, basado en una complementariedad jerarquizada entre hombres y mujeres, en la dominación masculina, está siendo velozmente erosionado. Y en medio de las ruinas nos resulta difícil imaginar un futuro posible.

En todo caso, el concepto de sistema de género nos permite integrar mucho de lo que se ha discutido en este foro. Este concepto alude a la manera en que una sociedad significa las diferencias sexuales. Es decir, nos orienta a identificar el imaginario o conjunto de ficciones sociales que determinan que las mujeres y hombres seamos socializados mediante la atribución de tales o cuales características. En mi opinión, este concepto de sistema de género tiene dos grandes ventajas: en primer lugar, nos invita a pensar lo masculino junto con lo femenino. No se trata, pues, del problema de la mujer o del hombre; sólo desde la relación entre ambos géneros

puede entenderse lo que ocurre con cada uno. En segundo lugar, otra ventaja que tiene este concepto es que nos lleva a pensar el tema del género en relación con otros procesos sociales; es decir, esta colección de ficciones que estructura nuestras subjetividades no es algo aislado; todo el tiempo está interactuando con otras dimensiones de la sociedad, con la economía y con la política; y este concepto nos ayuda en el análisis de estas interrelaciones.

Entonces, considero que podríamos hablar, en cuanto a sistema de género, que estamos en un período postpatriarcal, una etapa donde se desdibuja un sistema estable por muchísimos años, pero donde todavía no queda claro el futuro, donde sólo podemos avizorar algunas tendencias sin estar seguros de que todas ellas puedan converger en un nuevo sistema.

Como se sabe, en el sistema patriarcal los sexos son imaginados como complementándose en una relación jerarquizada. Las propiedades que de-

finen lo masculino y lo femenino son presentadas como hechos naturales e inmodificables que, en todo caso, sólo necesitarían ser reforzadas en la socialización para que de esta manera en cada cada cuerpo emerja espontáneamente la correspondiente identidad de género. En el imaginario patriarcal, la mayoría de las actividades son o bien masculinas o bien femeninas. Así, los quehaceres domésticos son considerados como propios de la mujer, como una suerte de prolongación o derivación de un instinto maternal o de una esencia femenina. Las actividades públicas, el trabajo remunerado y la política son consideradas como propias del hombre, intrínsecamente masculinas. Otro tanto ocurre con el funcionamiento de la mente, pues la presteza para las emociones y la comprensión son evaluadas como atributos de lo femenino. En cambio, la razón y la equanimidad son vistas como fundamentalmente masculinas. Tenemos entonces un sistema patriarcal cohe-

rente y estable instituido por un imaginario que se basa en oposiciones binarias.

Este sistema de género está mirado, en ruinas; aunque no tengamos aún otro. La subversión del sistema de género tiene que ver con una serie de procesos económicos, culturales y políticos. Por un lado, la demanda de trabajo ha llevado a la incorporación masiva de la mujer en la población económicamente activa, terminándose así el encierro doméstico y el monopolio masculino sobre la esfera pública. Por el otro, tenemos la extensión del principio de la equidad. En realidad, la democracia es un proceso expansivo que va modificando las relaciones entre la gente, subvirtiendo las jerarquías "naturales", nivelando las desigualdades que no se fundamentan en el mérito y el esfuerzo. Las relaciones de género representan una suerte de última frontera de la racionalidad democrática. Y en los últimos años ésta ha erosionado decisivamente el patriarcalismo.

Pero no se podría perder de vista la propia insatisfacción que el sistema produce y el protagonismo, sobre todo femenino. Las luchas de las mujeres por acceder a la educación, al trabajo remunerado, a la ciudadanía, a las mismas posibilidades de desarrollo humano con las que cuentan los hombres. A ello habría que añadir el malestar que el sistema produce en muchos hombres y el cuestionamiento creciente de la masculinidad tradicional. En todo caso, lo que queda claro es la necesidad de un nuevo sistema de género donde la complementariedad no se fundamente en la jerarquía, donde la diferencia no sea pretexto para la desigualdad y la dominación. No obstante, parecería que estamos aún lejos de un sistema así. Lo actual es más bien la crisis del patriarado.

En todo caso, creo que a partir de lo dicho en el foro podemos identificar una serie de tendencias de cambio. La primera sería que el sistema de género está perdiendo centralidad en

la definición de las identidades personales. Las clasificaciones binarias y excluyentes en torno a lo que es masculino y femenino están debilitándose. Esto ha sido señalado con mucha fuerza por Margarita Riviere cuando hablaba de la mayor vigencia que cobra la lógica del mestizaje. Ahora, gracias a la mayor vigencia de la equidad y la tolerancia, sería posible combinar atributos antes juzgados como esencialmente masculinos o femeninos. Habría menos temor de ser censurado como incierto o abyecto; es decir, "marión" o "machona" y, por tanto, habría un mayor margen de libertad. Entonces las personas podríamos estar menos estereotipadas por el sexo al que pertenecemos, ser más individuos. En la definición de la subjetividad individual estaría, pues, creciendo el espacio de lo andrógino, de lo que no tiene marca de género y que puede ser común a mujeres y hombres.

Hay mucha expectativa sobre los efectos positivos, en términos de bien-

estar general, de la participación femenina en el quehacer político. Es un hecho que en la socialización tradicional las mujeres adquieren una serie de hábitos que más tarde en el desempeño de la función pública pueden resultar virtudes muy apreciables. Se trata de una serie de disposiciones: a cuidar del otro, a dialogar y consultar las decisiones, a administrar con transparencia los recursos. De hecho, las encuestas de opinión pública registran esta expectativa y ponen de manifiesto que la mayoría de la gente piensa que puestos como el de Ministro de Salud o Educación estarían mejor a cargo de mujeres.

Una última tendencia o idea común se refiere a que no va a ser nada fácil la reconstrucción del sistema de género. En efecto, de las ruinas del patriarcado no emerge una alternativa de recambio. El resultado es la crisis de la pareja y la soledad. En el futuro próximo crecerá exponencialmente el número de personas que viven solas.

La respuesta al desafío de lograr una complementariedad sin jerarquía está, pues, pendiente.

I

Después de esta introducción general, paso a presentar las plenarias y los paneles en un formato necesariamente condensado. En la plenaria sobre "El amor en el umbral del milenio" se concluyó que el amor ha perdido centralidad en la experiencia humana. Es decir, vivimos en un mundo crecientemente desamorado. No obstante, a pesar de esta realidad, persiste la idea de que el amor es lo mejor de la vida. O como decía Lavina Byrne, lo que en definitiva nos hace humanos. En el imaginario contemporáneo el amor sigue siendo lo que da sentido a la vida. Ahora bien, el desfase entre el deseo de amor y la experiencia de incomunicación es motivo de duelo y melancolía; de añoranza impotente, en la medida en que no se imagina un reemplazo del amor. Seguimos deseando la

intimidad amorosa, pero nos resulta muy difícil de lograrla. Entonces el amor se nos aparece como anhelo y dificultad, como ilusión y desafío. El cambio es más intenso en las mujeres. Ya no están dispuestas a dar todo por amor. La incondicionalidad femenina ya no va más, observó Lipovetski. Vivimos una época postromántica. La mujer de hoy se abre al amor sólo en la medida en que éste no trabaje su desarrollo personal. Sabe demasiado bien que la entrega incondicional empieza limitando su proyecto de vida y termina con la muerte de ese amor que parecía justificarlo todo. Se suele perder la soga y la cabra. El individualismo está modelando en profundidad la subjetividad femenina. El ideal de autonomía ha calado hondo. El sexo, mientras tanto, ya separado de la retórica sentimental, es ahora una actividad más libre para la mujer. No obstante, tampoco llega a representar para ella un fin en sí mismo, como ocurre en el caso de los hombres. Por otro lado, ellos

también están cambiando. Hablan más de sus sentimientos aún cuando no llegan a involucrarse tanto en sus relaciones. En todo caso, el fracaso de la relación afecta sobre todo a los que ponen más ilusiones en el encuentro amoroso.

En la segunda plenaria quedó claro que todas las expositoras compartían la idea de que la mayor participación femenina en la política no sólo es deseable por justa y benéfica, sino que es ya, además, una realidad palpable y en plena expansión. Dado este supuesto, y esta constatación, las intervenciones se concentraron en la situación existencial de las mujeres que ejercen poder. De hecho, éstas adquirieron un carácter abiertamente testimonial. Todas las expositoras eran líderes de importancia y resulta que ninguna de ellas compartía su vida con un hombre. Como dijo Riviere: "El poder en los hombres atrae a las mujeres pero el poder en las mujeres aleja a los hombres". Frase que permaneció resonan-

do, pues resultaba de una observación aguda de hechos que tendrían que ser explicados. Los obstáculos a la participación femenina en la política son sutiles pero efectivos. A la mujer se le ignora de manera que ella tiene que reclamar mucho para hacerse sentir. Para lograr un espacio a veces tiene que mimetizarse, masculinizándose. En todo caso, para evitar el mimetismo o la marginación, para que la participación de la mujer en la política signifique una diferencia, tendría que haber en los parlamentos y espacios de poder una "masa crítica femenina". En estas condiciones, el funcionamiento de las instituciones podría cambiar. No obstante, todas las expositoras coincidieron en estar contentas de intervenir en política. A pesar de la hostilidad del medio y la lucha denodada. El costo más alto ha sido negarse la vida de pareja. En síntesis, la participación en política tiene para la mujer un costo personal más alto que para el hombre. Quizá los beneficios

personales sean los mismos. Como salida, la generala del Ejército estadounidense Claudia Kennedy propuso que las mujeres con poder se relacionaran con hombres que pudieran ser complementarios, que podrían encontrarse, por ejemplo, en el mundo de las artes. Es decir, gente más libre, menos vinculada a la obsesión por una carrera dentro de una organización y los consiguientes juegos de poder.

En todo caso, en esta plenaria quedó claro que la política es todavía un reducto masculino. Esto es evidente si se reconstruye el avance de la mujer en los distintos escenarios sociales. Actualmente las mujeres conforman 50% de los sistemas educativos. El acceso a la educación es igual para todos. En la economía la cifra es menor, pues las mujeres representan entre 30 y 40% de la población remunerada. La política es el cuello de botella, ya que las mujeres sólo significan entre 10 y 15% de los parlamentos. Y a nivel de ministerios, la cifra es de sólo 5%. La idea es romper

este cuello de botella a través de algún sistema de cuotas que garantice que al menos 25% de los parlamentarios sean mujeres. Así se llegaría rápido a la mencionado "masa crítica". No obstante, en realidad, tal como lo señaló Sonia Goldenberg, el problema está —específicamente— en la relación entre la mujer y el poder. En efecto, puede que las mujeres sean 40% de la población remunerada, pero ocurre que, conforme subimos hacia las posiciones de mando, la participación femenina disminuye dramáticamente. Entonces, el número de mujeres gerentes es probablemente tan reducido como el número de mujeres ministras. Y en las posiciones de base sucede todo lo contrario. Es decir, que no todos los hombres mandan pero (casi) todas las mujeres obedecen. En el imaginario colectivo, en nuestras expectativas más libres y espontáneas, los elementos del poder —la iniciativa, la decisión, la autoridad— siguen siendo sentidos como atributos "esencialmente" masculinos.

El panel sobre el poder en la sociedad del siglo XXI funcionó como un adecuado complemento a la plenaria anterior. Los expositores se concentraron en el por qué y en el cómo de la participación política de la mujer. Respecto al por qué, los argumentos del embajador norteamericano John Hamilton fueron muy claros. Lo correcto e inteligente es apoyar a las mujeres como agentes del desarrollo. Sobre todo porque ellas producen mayor bienestar en su entorno. Además, la consolidación de la democracia está tan ligada con la participación política femenina que una no podría avanzar sin la otra. Por ello, el gobierno norteamericano ha hecho suyos los acuerdos de la Conferencia de Beijing y se propone favorecer la igualdad de oportunidades entre géneros. Respecto al cómo de la participación femenina, Ana María Yáñez defendió la idea de las cuotas. Como las mujeres saben menos de política sería justo y necesario promover su participación garan-

tizándose que al menos 25% de los congresistas fueran mujeres. Por su parte, Cecilia Blondet advirtió que la participación femenina podía ser manipulada como sucede en el Perú, puesto que las mujeres son alfiles y peones en el juego político del presidente Fujimori. Le lavan la cara al régimen. Además, las mujeres están divididas y no actúan al unísono.

En el siguiente panel, "Los hombres del 2000", quedó claro que si bien los hombres no hemos sido los protagonistas del cambio en el sistema de género, es lógico que expresemos nuestra insatisfacción con muchos aspectos de la masculinidad. John Stoltenberg señalaba que se aprende a ser hombre a través de la práctica de rituales agónicos, de lucha (casi) a muerte, cuya premisa es que el otro es un enemigo y que la lucha puede ser sin cuartel. Es decir, los juegos de guerra. Así, entrenados a competir-combatir, no viéndonos en los otros iguales sino tan sólo subordinados o

enemigos, a los hombres nos resulta harto difícil la intimidad, el encuentro gozoso con el otro. Entonces sucede que mientras los hombres hallamos en las mujeres el abrigo emocional que buscamos, las mujeres no encuentran ese abrigo en nosotros. Por tanto, si quisiéramos ser más felices los hombres tendríamos que resistir la presión por interiorizar la masculinidad tradicional, con sus fobias y exclusiones. No definimos por ella. En un formato testimonial, Sandro Ventura reflexionó sobre su experiencia de rechazo de los estereotipos masculinos. Escribiendo poesía, haciendo danza y teatro, logró escapar de muchos encasillamientos. Desarrolló partes de sí que le son muy queridas y satisfactorias, pero que suelen estar vedadas a la mayoría de los hombres. Se trataría entonces de ir disolviendo las posiciones que sustentan la socialización de género, liberando a mujeres y hombres de mutilantes imposiciones. Desde una perspectiva académica, Norma

Fuller hizo énfasis en la fragilidad de la condición masculina, la enorme tensión implícita en el compromiso de estar siempre por encima, en la permanente identificación con el poder. Entonces, cansados, algunos hombres comienzan a demandar relaciones diferentes. Un erotismo, por ejemplo, donde haya espacio para el deseo femenino y donde el hombre pueda asumir una posición más relajada. Finalmente, Moisés Lemlij, desde una perspectiva psicoanalítica, hizo hincapié en que mujeres y hombres tenemos partes masculinas y femeninas. El problema está en que la sociedad nos hace rechazar a una de estas partes. Entonces vivimos sus insinuaciones con gran angustia y culpa, como una monstruosidad. En realidad, en lo profundo, hombres y mujeres queremos tener los dos aspectos y nos sentimos envidiosos del otro polo, de quienes son lo que nosotros no somos. Pero ahora sería posible una mayor libertad; es decir, que los hom-

bres desarrolleros nuestra feminidad y las mujeres, su masculinidad. Entonces llegaríamos a lo que propuso Carlos Alevine: una renegociación entre los géneros. Mujeres más decididas y hombres más sensibles podrían ser más amigos y arantes entre sí. Citando a un poeta brasileño, Alevine precisó que la amistad es intercambio, es la posibilidad del alma de habitar la casa del otro.

En el panel sobre la intimidad se continuó la conversación iniciada en el tema del amor. La intimidad aparece como el lugar de realización del ser humano, pues sólo en ese espacio protegido podemos ser nosotros mismos; es decir, tratar de ser, a la vez, todos nuestros fragmentos. No aparentar nada. En este sentido es que la vida privada y familiar (re)adquiere un gran prestigio. No obstante, pese a este consenso, hay múltiples obstáculos a la intimidad. José Antonio Marina postuló que en la medida en que la realización personal se cierra sobre sí

misma, la intimidad está en quiebra. En una vida centrada en el éxito no hay lugar para el otro. Vivimos entonces precariamente, como en tiendas de campaña. Pero añoramos construcciones más estables, soñamos con compartir nuestras vidas. Desde el periodismo, Margarita Riviere denunció la conversión de la intimidad en un espectáculo, en una mercancía. Se trata de los *talk-shows* y los programas de chismes. Además, el sexo se ha divorciado de la intimidad. Está sobrevalorado y convertido en una obligación. Vivimos entonces en un mundo que tiende a la falsedad. Hay que aparentar gozo y ocultar el sufrimiento. Sin importar tanto nuestros reales sentimientos. Hay muy poca intimidad. Por su lado, Lipovetski reconstruyó la evolución de lo femenino. Desde la mujer totalmente inferiorizada, culpable de todos los males, como ocurre con la figura de Pandora, hasta la "tercera mujer", la mujer contemporánea que es libre y autónoma, pues aun cuando

esté enraizada en la tradición, lo está de una manera reflexiva, sintiendo que puede escoger sin compulsiones. La "tercera mujer" ya no envidia a los hombres ni tampoco está en guerra contra lo femenino. No obstante, ella está sobreexigida por el trabajo y la familia. Finalmente, Estella Walden sugirió que las mujeres pueden bastarse a sí mismas. En efecto, cada vez es mayor el número de mujeres de éxito. Empresarias y profesionales que tienen de todo pero que aún se sienten inseguras y temerosas, añorando la seguridad de tener al lado a un hombre superior. En estas condiciones, la maternidad tardía puede ser una forma de lograr la intimidad. Y sin pareja masculina. En efecto el desarrollo tecnológico hace posible que las mujeres puedan congelar sus óvulos en el período fértil de sus vidas para más tarde fecundarlos con el espermatozoides de un donador anónimo y reimplantárselos después de la menopausia, entre los 50 y los 60 años. Más satisfactoria es la intimidad

con el/la hijo(a) pequeño(a) que con el hombre crecido. Entonces los hombres son casi redundantes. Más aún por cuanto la tecnología hace obsoletas muchas de sus cualidades como la fuerza física y la disposición a imponerse. La mujer está mejor preparada para las épocas que vienen.

En el panel sobre los medios de comunicación y el cambio cultural se debatió en qué medida los medios pueden ser considerados como un espejo, como un espacio donde se reflejan los cambios que se dan en otros lados o, alternativamente, en qué medida pueden ser considerados como agentes eficaces de estos cambios. La polémica quedó abierta. En todo caso la mayor inquietud se concentró en los medios audiovisuales. La preocupación es que éstos puedan avasallar a los espectadores. Su capacidad hipnótica, de arrebatar la atención y reducir al espectador a la pasividad, los lleva a imponer una visión de la realidad como si ella fuera la única posible. Otro he-

do muy interesante en este panel fue la consideración de la publicidad como un espacio de creación artística sorprendentemente libre, donde por tanto pueden avizorarse los cambios socioculturales. En efecto, para el mismo éxito de la industria publicitaria es vital que la imaginación radical que la alimenta recoja y elabore los deseos de la gente. Es decir, tiene que nutrirse de los anhelos aún no verbalizados. Darles forma. Finalmente, en el panel se advirtió el peligro de una trivialización de la cultura y el consiguiente empobrecimiento de la vida. La única opción sería superar la dicotomía entretenimiento *versus* educación.

En el panel "El arte en el umbral del milenio", lo central fue sepultar el pasado; es decir, la denuncia del sistema patriarcal, la crítica de la manera en que éste organiza toda una percepción de la realidad que trata de imponerse como la única realidad, como algo evidente y natural. En este sentido, Susana Reisz explicitó la lógica

patriarcal que subyace a los personajes de *Cien años de soledad*. Muchas veces las mujeres son descritas y valoradas en función exclusiva de su anatomía, que es además animalizada, como en el caso de esa chica con "teticas de perro". Estamos ante una visión patriarcal y arcaica que, sin embargo, no ha perdido belleza, pues de todas maneras logra plasmar muchos de los eternos conflictos del alma humana. Desde la danza, Morella Petrozzi se preguntó en qué medida es posible escapar de las marcas de género que animan y restringen el movimiento de los cuerpos. Por lo pronto su interés está en crear un lenguaje corporal común a hombres y mujeres. Por último, Ruth Fainlight, mediante la lectura y el comentario del poema "Saba y Salomón", muestra cómo la lógica del pensamiento masculino exige marcas de género, tiene terror a la indiferenciación. Las piernas peludas de Saba angustian a Salomón, pues la convierten en alguien demasiado pa-

recibo a un hombre. De ahí que tendrá que afeitárselas para ganar el amor del rey.

El panel de "Globalización, género y desarrollo" ha sido muy importante porque en un auditorio de gente cosmopolita, entrelazada en la globalización, se recordó que ésta es un proceso profundamente paradójico, que supone integración pero también exclusión. Kim Boulduc refirió cifras contundentes. Resulta que a nivel mundial 86% de la riqueza es poseída por 14% de la población y que, por tanto, 86% de la población tiene sólo 14% de la riqueza. En el caso de las mujeres la exclusión y la pobreza son mayores. 340 millones de mujeres no van a sobrevivir los 40 años de edad. Además, una de cuatro mujeres ha sufrido alguna vez en su vida abuso físico. El reto del futuro es entonces impulsar la equidad. En este sentido, Elizabeth Schrader, del Banco Mundial, manifestó que en su institución la perspectiva de género es parte de la política oficial. El

Banco ha incorporado en su equipo especialistas en la materia y está atento a promover la mejora de la condición femenina.

En el panel "Empresa privada, nuevos paradigmas de liderazgo" se hizo evidente el uso extendido de las categorías de género para describir las formas de organización y los estilos de gestión empresarial. Baltazar Caraveo contrastó dos modelos: el vertical y jerárquico, centrado en la autoridad y disciplina, que sería masculino. El segundo, horizontal y participativo, que favorece la creatividad, sería femenino. Aunque esta dicotomía fue matizada, quedó claro que está surgiendo una nueva cultura empresarial donde se hace énfasis en una mayor comunicación y compromiso con la empresa. Para adaptarse a esta nueva realidad, las mujeres estarían mejor preparadas. En todo caso, los hombres tendrían que incorporar actitudes tradicionalmente femeninas. Es decir, más disposición a colaborar y menos disposición

a competir. Susana de la Puente remaró que el gerente autoritario, "macho", ya no es rentable. Además, las empresas tienen que cuidar su imagen, pues el surgimiento de un "consumidor ético" hace que cualquier acto discriminatorio pueda significar grandes daños en términos de ventas. Las empresas se ven forzadas a impulsar la igualdad de oportunidades entre géneros y grupos étnicos, ya que de otra manera serían castigadas por el público. Entonces para que la maternidad sea compatible con la carrera profesional se tienen que dar facilidades a las mujeres. El "techo de vidrio", ese conjunto no reconocido de restricciones al avance de las mujeres, es finalmente roto.

En el panel sobre la "Encrucijada de la mujer indígena" se dio una perspectiva testimonial. Y como en el caso de las mujeres políticas o empresarias también dominó aquí un tono reafirmativo. En contra de ciertas expecta-

tivas se expresaron más reclamos que quejas, más esperanza que resentimientos. En realidad, las mujeres indígenas resaltaron sus logros en la lucha por un empoderamiento que les permita resistir a la discriminación étnica y de género. En este panel se hizo patente que la condición femenina se vive desde una situación étnica y económica, y que, por tanto, la lucha por la equidad de género es también una lucha por la democracia social y la justicia en las relaciones humanas. Tarcila Rivera señaló la necesidad de tender puentes entre todos los sectores que luchan contra la exclusión y la injusticia, de encontrar puntos comunes para llegar así a una propuesta que incrimine a todos. De cualquier forma, cabe a la mujer indígena la responsabilidad de atesorar una cultura que pese a estar amenazada, representa un principio de diversidad, una riqueza que debería preservarse y estar abierta a todos.

Me gustaría terminar con un comentario que es también una invocación. Se trata de la distancia entre la calle y el grupo humano aquí congregado. En el sentido común, en nuestro país la condición masculina es vivida como algo potente y fuerte, los hombres somos llamados a felicitarnos por serlo. La condición femenina, en cambio, es dolida, pues no coloca a sus portadoras en un plano de desarrollo personal tan promisorio. En este seminario ha ocurrido justamente lo inverso. Todas las narrativas en torno a la mujer son muy reafirmativas. Y la masculinidad ha aparecido como una imposición mutilante. Desde luego que en el sentido común hay cambios importantes. Hoy el discurso de la equidad de género está en todas partes. No obstante, la distancia es abrumadora. Y ello debe significar un compromiso para abogar por relaciones más humanas, que nos enriquezcan a todos.

ANNA M. FERNÁNDEZ PONCELA MUJERES EN GOBIERNOS MUNICIPALES

Barrera Bassols, Dalia y Massolo, Alejandra (comps.). *Mujeres que gobiernan municipales. Experiencias, aportes y retos*. México: COLMEX, 1998.

Dentro de la nueva oleada de trabajos realizados en torno al enfoque de los estudios de la mujer, encontramos la compilación de Dalia Barrera Bassols y Alejandra Massolo: *Mujeres que gobiernan municipales*, editado por El Colegio de México en 1998, y que recoge un encuentro realizado en 1996 bajo el mismo título, que reunió a alcaldesas, regidoras y algunas investigadoras.

Lo primero que salta a la vista es la novedad de abordar las relaciones de la mujer y la política desde el ámbito municipal, y no hay que desperdiciar la oportunidad para felicitar por ello a las organizadoras del encuentro y au-